

de amar hasta el sacrificio, es el que la ha traído á Dios, que es el amor puro, el amor verdadero, el amor completo, el amor eterno. Ha tomado el velo para permanecer siempre virgen y para amar más, y al realizar ese acto no ha pensado que hacía una cosa extraordinaria ni heroica; ha obedecido al impulso de la gracia en relación con su naturaleza. A su modo de ver, se confunden en un solo pensamiento *el amor y el sacrificio*, porque el verdadero amor es *el olvido absoluto de sí mismo para ocuparse únicamente en el objeto amado, con ánimo y resolución de sacrificarle todo lo que pida*. Para ella, *el amor es la abnegación*; entró en el monasterio únicamente para amar, entregarse y renunciarse; de modo que, si esa alma fuese demasiado feliz, temblaría imaginándose que no ama, ó á lo menos que no sabe dar pruebas de su amor, pues está convencida de que es necesario padecer para tener la seguridad de haber hecho el sacrificio de sí misma: el corazón menos puro quiere gozar de sus afectos; el corazón puro no quiere más que padecer.

El amor verdadero tiene hambre y sed de sacrificios, y teme, con razón, que aun los goces más puros no le alteren, enerven ó disminuyan; los teme casi tanto como otros temen el pecado. Para amar mucho es menester ser muy puro, y la pureza solamente conserva todo su frescor en medio de las tribulaciones; es *el lirio entre las espinas*. El corazón amparado y defendido por las penas es el que está mejor guardado.

El alma *se gasta y se agota* fácilmente con

prolongadas expansiones que sólo en el Cielo podrá soportar, porque allí será más fuerte; pero ¿qué alma generosa se ha cansado nunca de *padecer* en vista de su flaqueza? ¿Qué corazón se ha quejado nunca de sus continuos sacrificios? Al gozo se le dice *basta*; pero jamás se le dice *basta* al sacrificio que atormenta. El dolor alimenta, exalta, vivifica y santifica el amor.

Sufrid, pues, *con alegría* las penas que Dios os envíe, porque son para vosotras, almas consagradas á Dios, lo que son las tempestades para las olas: os conservan *puras y amantes*, dándoos la dulce satisfacción de sentir que amáis á Dios.

## CAPÍTULO II

### NATURALEZA Y CAUSAS DE LA TRIBULACIÓN

I. Tribulación, en general, es todo lo que produce una sensación ó un sentimiento desagradable.

Puede ser *física ó moral*, según que afecte especialmente al cuerpo ó al alma; pero tenga su asiento especial en el cuerpo ó en el alma, todo el sér experimenta sus dolorosos efectos.

II. La tribulación *viene siempre de Dios*, ó enviada directamente por El ó permitida y medida por él.

Dícese que viene *directamente* de Dios cuando



Dios obra sobre el alma ó sobre el cuerpo sin intervención de otro agente, como sería, tratándose *del cuerpo*, una enfermedad cuyas causas son desconocidas; y tratándose *del alma, del espíritu ó del corazón*, un estado de tristeza, de sequedad, de decaimiento, de inquietud, de aprensiones continuas, de tentaciones horribles é incesantes (1).

Dícese que viene *indirectamente* de Dios cuando da á las criaturas permiso y aun la comisión de hacernos sentir algunos efectos dolorosos; pero sabemos que entonces les traza límites que esas criaturas, por más encarnizadas que estuviesen contra nosotros, no pueden traspasar; mide *los grados del dolor* según las fuerzas que nos ha dado, y *el tiempo del dolor* conforme al grado de perfección á que quiere que lleguemos.

Así que puede ser agente de la tribulación aunque siempre bajo la dependencia de Dios:

1.º El *demonio*, á quien Dios permite que nos tienta y nos atormenta aun físicamente, y de

(1) El objeto de nuestro trabajo no nos permite entrar en los detalles que dan los autores místicos respecto á *los padecimientos del alma*. Esos pormenores tienen algo de horrible, y expresan al vivo lo que el padre Surin llama *el purgatorio y el infierno del alma*, y lo que, al decir de santa Teresa, sólo es comparable con los tormentos de *los condenados*. Se pueden ver en las obras de san Juan de la Cruz; de Tomás de Jesús, en su libro *De la contemplación*; en la vida de santa Teresa, de santa Magdalena de Pazzis, del venerable Enrique Suson; en los escritos de la beata Angela de Foligno... Por lo demás, las almas á quienes Dios favorece con esas tribulaciones tienen menos necesidad de libros que de un *director experimentado*.

quien Dios se sirve para probarnos y santificarlos con el dolor, como lo vemos en la historia de Job. El hombre cayó en el pecado por instigación del demonio, y Dios le castigó *abandonándole hasta cierto punto al poder del demonio*; de suerte que el demonio es, en cierta manera, *el agente universal de nuestros padecimientos*.

«Sería demas'ado prolijo—dice Mons. de Segur—explicar aquí circunstanciadamente cómo *todo el mal* que hay en la tierra, todos los desórdenes que turban la Naturaleza, todas las devastaciones, de cualquier género que sean, son resultado de la influencia maldita de ese grande *espíritu*, á quien Dios crió para que fuese como el administrador general de todo el mundo de la materia. Esos desórdenes y trastornos no pueden venir de Dios, que es el orden infinito; no vienen tampoco de los ángeles buenos, que son ministros de paz, orden y vida; ni proceden de los elementos materiales, que por sí mismos no tienen ni poder ni movimiento; vienen, pues, de esa fuerza secreta y detestable que se llama *el demonio*, que perturba; aunque sin poder destruirlo, el orden admirable de la creación.

»Así es cómo, por medio de las mil y tantas maneras que los sabios llaman *las causas segundas*, el autor del mal trastorna acá y allá la atmósfera, produciendo tormentas, tempestades, granizos, truenos y rayos, con todas sus devastaciones. Así es también cómo envenenatales y cuáles plantas, tales y cuáles jugos; cómo anima con su rabia á ciertos animales para ha-



cer daño al hombre y á todas las demás criaturas de Dios.

»El es también el que, por permisión de Dios, suscita en el aire y en el agua animalillos imperceptibles que apenas se distinguen con el microscopio, y esparcen por la tierra horribles epidemias y enfermedades contagiosas que destruyen tantas vidas: la peste, el cólera, la viuela y toda clase de fiebres.

»La Medicina y la ciencia comprueban los efectos de esas enfermedades y las combaten, consiguiendo alguna vez detener sus estragos, con el auxilio de remedios en los cuales se oculta la acción misericordiosa de Dios y de los ángeles; mas únicamente la fe es la que penetra hasta la causa invisible de todos esos males, mostrándonos oculto como un malhechor al enemigo de Dios y de los hombres, al padre del mal, al horrible demonio. Todos los males que en la tierra padecemos proceden de él, en él tienen su origen.»

Pueden ser también agentes de la tribulación:

2.º *La superiora* ó el *confesor*, contra los cuales experimentamos á veces cierto sentimiento de antipatía que no tiene razón de ser, pero que exigé de nosotros un violento esfuerzo cada vez que tenemos precisión de acercarnos á ellos,—contra los cuales estamos prevenidos, porque en nuestra imaginación, exaltada y engañada por el demonio, suponemos que no nos tienen afecto y que nos tratan con injusticia. Dios puede permitir también, como vamos á decir, que los superiores estén realmente

prevenidos contra nosotros, que nos juzguen desfavorablemente, que nos crean culpables y nos traten con severidad.

3.º *Nuestras hermanas*, que pueden hacer nos padecer, ya voluntariamente, ó ya, y casi siempre, involuntariamente, por su carácter opuesto al nuestro; por su manera de ver; por su juicio más ó menos recto; por la antipatía natural que nos tienen; por su misma piedad, que puede ser para nosotras ocasión de algunos disgustillos; por las exigencias de su natural, de las cuales ni siquiera se dan ellas cuenta y á nosotras nos parecen intolerables.

4.º *Nuestro empleo*, que puede ser opuesto á nuestro gusto, á nuestra capacidad, á nuestra salud.

5.º *Nuestro temperamento* delicado, débil, impresionable, enfermizo.

6.º *Nuestro carácter*, que es quisquilloso, suspicaz, envidioso, impaciente, variable, irascible.

7.º *Nuestros amigos*, que nos dejan, nos abandonan, nos desprecian, nos hacen traición, y tal vez nos calumnian.

8.º *Los accidentes diarios*, que á cada momento nos causan inquietudes, adversidades, disgustos, privaciones, humillaciones.

9.º *La vejez y las enfermedades*, que traen consigo la debilidad de los miembros ó de los sentidos, la caducidad de las facultades, impiden la actividad exterior, nos hacen objeto de compasión, de repugnancia quizá, y obligan á los superiores á quitarnos los empleos, y echarnos, como decimos con amargura, *al último rincón de la casa*.